

MACHADO Y BECQUER: EL HECHO POETICO DESDE LA ESENCIALIDAD DE “LO OTRO”

Laura Kossutch Vaszary
Universidad Pedagógica Experimental
“Liberador” (Venezuela)

“El 22 de diciembre de 1870 moría en Madrid el sevillano Gustavo Adolfo Bécquer, el más hondo y puro poeta del siglo XIX español. Cinco años después, el 26 de julio de 1875, nacía en Sevilla otro gran poeta, uno de los más grandes de nuestro siglo: Antonio Machado. No es por capricho si al comienzo de esta biografía uno los nombres de Bécquer y Machado”. La voz de José Luis Cano¹, que todos habrán reconocido sin duda en estas palabras iniciales, resulta, no obstante, sólo una entre las muchas que han resaltado ya la senda que separa la obra de nuestros dos grandes poetas.

Pero no es la condición de coetáneos, ni la de “sevillanos enamorados de Castilla”, ni su identificación en las concesiones al amor y al sufrimiento, lo que más une a Bécquer y a Machado. No es, tampoco, la omnímoda entrega a esa línea elegíaca que desdeña la hinchazón retórica para atender a “las voces íntimas del alma” y “al paso misterioso de los sueños” lo que permite las mejores analogías. Algo más esencial, fundamental, une a nuestros dos poetas. Algo que los estrecha y hace inseparables frente al proceso poético: la permanente búsqueda de lo esencial fundamental, de aquello que, sin dejar de ser “en sí mismo”, se urge y se transforma en lo indefiniblemente “otro”.

Bécquer y Machado. Dos poetas esencialmente afines a quienes los dominios de la inmortal eternidad desgajan de la España de su tiempo. Machado y Bécquer. Dos seres que conjugan su quehacer poético a partir de la exteriorización de sus más secretos pensamientos, de sus más agazapados deseos, de sus sensaciones más íntimas. Machado y Bécquer, Bécquer y Machado. Dos hombres que, unidos en la búsqueda, se erigen como prototipos representantes de una era poética de límites insospechados.

Desde los ámbitos que suponen experiencias propias y con las lógicas diferencias que reflejan las individualidades, Machado y Bécquer proyectan conjuntamente su línea poética a partir de su quehacer vital. Coincidencias de pensamientos y sensaciones se traducen en realidades poéticas que, si bien formalmente diferentes, son, en esencia, el producto humano del contacto sensorial, de la vivencia. Para Bécquer, igual que para Machado, sólo lo absolutamente vivencial permite trascender los límites de la materialidad y ofrece la magia de poder ser convertido en sustancia poética. Y es precisamente la conjunción en la búsqueda de la nueva

sensación, de la emoción total lo que hace de dos hombres distintos, uno solo frente al hecho mismo de la creación poética.

Está claro para todo poeta que uno de los hechos fundamentales para la producción poética es la verdadera y auténtica sensación de la materia que se expresa. Nadie mejor que Bécquer y Machado para evidenciarlo. Ambos poetas, en la profundidad de su quehacer poético —y por encima de lo que muchos críticos han pretendido ver— conjugan, en la sencilla transparencia lírica, su percepción y sensación de las experiencias vitales. En la incesante demanda de una intemporalización del yo sensual, intuitivo e irracional, Bécquer y Machado evaden los límites temporales, las teorizaciones conceptuales y pretenden, desde su propia experiencia, explicar el camino que conduce hasta la consecución del hecho poético como una realidad acabada. Identificados en la clarísima necesidad de exteriorizar lo sentido, “lo vivido”, ambos poetas procuran —literariamente Bécquer y filosóficamente Machado— dar respuesta a los clásicos interrogantes del cómo, el porqué y el para qué de su poesía.

Entendida por Bécquer como sentimiento puro hecho forma, la poesía es “vida” por el poeta a partir de su embriagante relación con ella misma. Sentimientos, que no reflexiones; sensaciones, que no recuentos, forman el enmarañado mundo que nuestro poeta pretende explicar. Y por pretender lo imposible, por intentar explicar, y no sólo sentir, es por lo “que titubea, lo piensa mejor”.

De todas las sensaciones, de todos los sentimientos que pudieran motivar expresión poética, ningunos como los que surgen en torno a la mujer. Estos son los más valederos, los mejor capacitados para convertirse en productores del hecho poético. Y es que la mujer es sentimiento, y por medio de éste, también poesía. La mujer se constituye así en motivo fundamental de la sensación misma, en objeto erótico que se tiene, que se evade, que se requiere, que se oculta en la sensual intuición del poeta. De ahí, la natural identificación de la poesía con la mujer, y también, con el cúmulo de sentimientos vitales despertados por las sensaciones. Con ello el poeta responde a su necesidad de precisar la índole natural, espontánea, no conceptual, de ese modo de inserción del ser en el cosmos, en la totalidad universal.

Sensación es sentimiento, y éste, poesía. Por eso, mientras perduren las sensaciones capaces de generar sentimientos, mientras las emociones puedan ser vividas con la profundidad que reflejan los versos de la conocidísima Rima IV, mientras sensación, emoción y sentimiento sean capaces de desvelarse como materia primigenia de lo poético, mientras todo eso ocurra, ya lo dice Bécquer, “habrá poesía”. Y habrá poesía, porque ésta surge de la íntima relación del hombre con su entorno, del gozo indescriptible que emana de las sensaciones más vitales, de aquellas que, sin ser imperativas, obligan al hombre a sumirse en sus propias reflexiones, en su propia esencia; de aquellas que, sin proponérselo, lo capacitan para ofrecer una respuesta a qué es la poesía.

Y eso es precisamente, recordemos, lo que pretende nuestro poeta con sus *Cartas literarias a una mujer*.² Allí, la comunicación impersonal entre autor y receptor se diluye en la profunda introspección —intuitiva y personal— sobre la materia poética. El monólogo se disfraza de diálogo en una reflexión que va, ciertamente, más allá del hecho mismo de la resultante.

El ser poeta capacita y justifica a Bécquer para exponer su parecer en relación con el tema. Y por eso, aunque embebido por la imaginaria belleza del tú hipotético con el que dialoga, frente a la pregunta crucial sólo responde: “poesía eres tú”. No se trata de aturdimiento ante la belleza, ni de turbación ante su influencia sobre el hombre-poeta. La respuesta no es proceso, sino resultado, sensación y sentimiento aunados en un contacto pre-poético capaz de romper las ataduras de la inefabilidad. Por eso advierte más tarde: “En aquel momento di aquella definición, porque la sentí, sin saber siquiera si decía un disparate. Después lo he pensado mejor y no dudo en repetirlo. La poesía eres tú.”³

La reflexión no ha podido contradecir al sentimiento. Y es que no se trata de explicar, ni de razonar. Se trata, sí, de sentir, de experimentar, de vivir cada contacto, de permitir que cada sensación se convierta en una emoción sublime, total. Precisamente por eso hablar sobre la poesía está negado a aquellos que sólo intentan explicarla o aclararla —“Sobre la poesía no ha dicho nada casi ningún poeta; pero en cambio hay bastante papel emborronado por muchos que no lo son—.”⁴ Por eso, también, su oposición a los tratados y a las enseñanzas sobre poesía. Y él, que nada sabe, que ha leído un poco, esgrime como su mejor arma el haber “sentido bastante.”⁵

Bécquer, que no pretende enseñar a nadie, ni ser considerado autoridad, persigue, eso sí, ofrecer una respuesta a la complejidad que supone el hecho poético. Inmerso en el halo de irrefrenadas emociones, y en perfecta comunicación con su interrogante —“quiero decirte lo que sé de una manera intuitiva, comunicarte mi opinión y tener al menos el gusto de saber, que si nos equivocamos, nos equivocamos lo dos, lo cual sea dicho de paso, para nosotros equivale a acertar—”⁶ prefiere mostrar la propia naturaleza del sentimiento desnudo, dar fe de la calidad de su contacto senso-experiencial. Con ello, consigue esencializar e intemporalizar la poesía en la conjunción de sólo tres palabras: POESIA ERES TU. El tú, sin embargo, es un tú compartido, un yo y un tú embriagados por las primigenias sensaciones del ser, “porque la poesía es el sentimiento y el sentimiento es la mujer.”⁷

La respuesta de Bécquer, que parece ser respuesta a los interrogantes planteados sobre el hecho poético, resulta, en verdad, el principio de una teorización que mira a la poesía como una compleja adecuación de formas contrarias. La comprensión de la poesía sólo resulta posible si el contacto pre-poético ha supuesto una verdadera interrelación entre el hombre y el sentimiento.

Entendida como resultante del proceso de ósmosis de contrarios, Bécquer hace residir la poesía en la esencia misma de la mujer. “La poesía eres tú porque el sentimiento que en nosotros es un fenómeno accidental y pasa como una ráfaga de aire, se halla tan íntimamente unido a tu organización especial, que constituye una parte de ti misma.”⁸

Pero la poesía, concreción final de la senso-experiencia, es, al propio tiempo, sentimiento, y entre todos, amor, “ley suprema del universo; ley misteriosa por la que todo se gobierna”. El amor es puro sentimiento. Pero sentimiento y poesía son, en sí mismos, experiencias inefables, razón por la que, a quien siente, nuevamente, sólo le está dado mostrar. La evidencia es amor, y al propio tiempo, poesía, “poesía verdadera y espontánea que la mujer no sabe formular, pero que siente y comprende mejor que nosotros.”⁹

El amor es sentimiento único, pero nunca un único sentimiento. Amor es sentimiento sublime bordado por la confluencia de sensaciones innumerables, “por todos esos fenómenos inexplicables (sic) que modifican el alma de la mujer cuando despierta el sentimiento y la pasión.”¹⁰ La suma de sensaciones es el todo. Por eso Bécquer, lejos ya del que explica, y con la contundencia del que muestra los reflejos de su propia senso-experiencia, exclama: “¡Sonrisa, lágrimas y deseo que formáis el misterioso cortejo del amor! ¡Vosotros sois la poesía, la verdadera poesía que puede encontrar un eco, producir una sensación o despertar una idea!”¹¹

Con increíble concreción, el poeta logra transmitir lo que constituye el punto de partida del verdadero proceso poético becqueriano. Las imágenes han dejado de serlo, las sensaciones han cumplido su papel en y sobre el hombre. Todo es ahora emoción que ha roto su caudal y se desborda inquietante hacia lo intemporal en el hecho de la palabra en el tiempo. Emoción sin límites, sí, pero también, y sobre todo, sin ideas; sólo emoción “vívida”. Y es que emoción y poesía no son más que producto, realidad experiencial transcurrida durante esos “instantes rapidísimos en [los] que la sensación fecunda la inteligencia, (...) [y en los que] los sentidos todos parecen ocupados en recibir y guardar la impresión.”¹² Por eso el poeta, al tiempo que ente activo en cuanto experimentador, es ser pasivo, arrobado, ensimismado en la magnífica posesión que sobre él ejercen sensaciones y emociones faltas de racionalidad.

Como depositario de emociones el poeta es arrastrado al mismo vórtice de la falta de racionalidad. Y allí, experimenta, “vive” el hecho poético. Un hecho poético que, al ser evocado por una memoria especial “viva” —la del poeta— es capaz de ser reproducido, “revivido”, porque conserva toda la fuerza de la impresión primera. De ahí, el que pueda emerger del mundo sensorial. De ahí, también, el que sea capaz de transgredir las leyes de la inefabilidad y saltar a la concreción material.

El camino recorrido es, no obstante, un camino de lenguaje, y éste represa lo mejor de la poesía. La emoción becqueriana habrá de seguir siendo siempre inefable, porque el poema, en cuanto concreción lingüística, será siempre “un hecho artificial que sólo logran realizar los poetas,”¹³ con la ayuda del mezuquino instrumento del lenguaje. El poeta, y sólo el verdadero poeta, es capaz de dar cuenta de la realidad del proceso poético “desde dentro;”¹⁴ sólo él es capaz de emerger de la inefabilidad, pues la emoción poética, aunque reducida por el lenguaje, se perfila hacia la cristalización de lo intemporal en el hecho de la palabra en el tiempo.

Un solo objetivo nos ha movido hasta ahora, mostrar las raíces comunes del proceso que permite a Machado y a Bécquer emerger de la inefabilidad de la propia senso-experiencia. Bécquer ha dejado claro el camino. Machado, para quien Bécquer resulta nada menos que “el ángel de la verdadera poesía,”¹⁵ se encarga ahora de establecer los puntos de contacto.

Está claro que pretender una profunda comparación de la concepción del hecho poético en Bécquer y Machado resulta un trabajo comprometido que excede, en mucho, las lógicas limitaciones de un trabajo de esta naturaleza. Es por ello que, a manera de ideas sueltas, de proposiciones más que de productos, esbozamos ahora sólo algunos aspectos que estimamos coincidentes en los estados pre-poéticos de la creación lírica que hemos ido descubriendo en Bécquer.

Implicado en un similar proceso de búsqueda permanente, Machado, como lo hiciera Bécquer, huye de las relaciones desorbitantes y atolondradas. El ensimismamiento, la soledad, el permanente hacerse sobre su propia esencia constituyen buena parte del comportamiento que caracteriza su vida mundana. Viajero incansable, Machado es el hombre ansioso de sensaciones inusitadas, el poeta solitario que viaja acompañado por su propia sombra, una sombra que convoca y rechaza a la vez. Machado es el hombre-poeta que busca “hacerse” en la consubstanciación del encuentro con su alteridad.

La alteridad se materializa, se funde en su propia esencia. Machado hombre la escudriña ansiosamente “desde su interioridad”. La búsqueda resulta idéntica a la de Bécquer. Hombres y poetas buscan respuesta a sus inquietudes sensoriales. Su intención de perpetuarse a través de todo lo que toca, percibe, piensa o siente, lo lleva al camino de la perfección, alcanzable tan sólo, según Machado, en perfecta comunión con el “otro”.

Lo “otro”, el complementario de cada cual, esa otra parte del ser que ansiosamente se busca, que se desea y se rehúye. Ese “otro” que sólo en plena contemplación y conocimiento del “uno” accede a perpetuarse, es el principio rector de toda la poética filosófica de Machado.

Machado, al igual que Bécquer, pretende dar forma y respuesta a algo que lo hiere sensiblemente en su esencia, a algo que afecta su estabilidad. Machado busca afanosamente ese algo. En torno a él gira en permanente búsqueda de su propia esencia. Y ello, desde su propio “uno”, inconfundible, alterable tan sólo en la medida en que se constancia con el “otro”, con su complementario.

Deseoso de nuevas y fundamentales sensaciones Machado propone y convive con la idea de la búsqueda. Su ser, en esa revisión constante de su propia esencialidad, en ese deseo de hacerse a sí mismo, se retracta, se repliega en un quehacer reflexivo que lleva al “uno” a la tensión erótica sin objeto. En un intento por esencializarse, el “uno” —anhelante, reflexivo permanente—, busca desesperadamente su complementario, su “otro”. Este, empero, en cuanto objeto erótico, se acerca, se retracta y no se complementa. El “otro” es autosuficiente, no requiere del “uno” para completarse. Como objeto en sí mismo tiene vida propia —igual que las sensaciones becquerianas—. No obstante —como acontece también con los estados primigenios del proceso poético en Bécquer—, requieren un ser que experimente las sensaciones, que las vivencie, que alcance la emoción del contacto pre-poético; un ser capaz, posteriormente, de acercarlas y perpetuarlas en las eternas celdillas de la memoria sensitiva. Este es el único camino para el objeto, su única posibilidad de presentualización.

En cuanto buscador en sueños de su propia realidad, de su propia identidad, Machado-hombre persigue la orientación del alma en medio de su propio extravío. Fracasado, desorientado y sumido en la Nada —en el UNO— se contempla, se siente, y se promueve para nuevas tentativas; unas tentativas que, igual que la rememoración becqueriana, conllevará a un proceso de identificación consigo mismo. Ello, empero, no llegará a implicar en ningún caso una total identificación, pero sí, la total percepción del proceso acontecido.

En el proceso que supone la constante búsqueda del objeto erótico, de ese algo o alguien que contempla y es contemplado, el hombre y las sensaciones se contraponen, se complementan, se definen como “uno mismo”. En esa definición,

lo esencial no será la complementariedad anhelada y alcanzada de lo otro, sino la otredad de uno mismo, ese algo, ese alguien que es y no es el tú esencial del yo fundamental.

Definido por instantes como uno mismo, el objeto erótico, el tú esencial del yo fundamental, la otredad de uno mismo, lo que complementa en la esencialidad, hace del poeta el más sensible impresor de todas las sensaciones implicadas por el proceso de búsqueda y depuración.¹⁶

Ya no es sólo la razón la que rige las líneas de búsqueda. Las sensaciones —intuidas, sensualizadas, impresionadas—, se muestran como profundas impresiones en el alma, no ya del hombre, sino del poeta. Estas, al estilo becqueriano, traspasan los umbrales de la mera sensación y engrosan las sensuales emociones capaces de ser guardadas en la memoria, evocadas, rememoradas por los sueños y concretadas como forma expresiva a través de la palabra.

Nuestras observaciones han representado sólo un acercamiento a los postulados teóricos de ambos autores en lo que al hecho poético se refiere. Más que una teoría acabada suponen, en todo caso, un interés particular, y el resultado de una lectura personal de los planteamientos poéticos de Bécquer y Machado.

Creemos haber mostrado que sólo la profunda consubstanciación con lo esencialmente “otro” hace posible, en nuestros dos poetas, la exteriorización de pensamientos y sensaciones y su concreción en el hecho poético. Perdidos en su inquietante intensidad e inmersos en el proceso de búsqueda permanente que supone el camino hacia su propia esencia poética, Machado y Bécquer experimentan un contacto pre-poético similar. Nuestras consideraciones no han hecho más que hurgar en las raíces comunes del proceso que permite a ambos poetas emerger de la inefabilidad de la propia senso-experiencia y perfilarse hacia la cristalización de lo intemporal en el hecho de la palabra en el tiempo.

NOTAS

1. Cf. José Luis CANO: *Antonio Machado*; Barcelona: Salvat (Grandes biografías, 41), 1988, p. 13.
2. Gustavo Adolfo BECQUER: "Cartas Literarias"; en Francisco LOPEZ ESTRADA: *Poética para un poeta*; Madrid: Gredos (B.R.H., E y E, 176), 1972, pp. I-IV, 218-234.
3. Cf. Gustavo Adolfo BECQUER: *Cartas...* I, p. 218.
4. *Ibíd.*, p. 220.
5. *Ibíd.*
6. *Ibíd.*
7. Cf. Gustavo Adolfo BECQUER: *Cartas...* I, p. 221.
8. *Ibíd.*
9. Cf. Gustavo Adolfo BECQUER: *Cartas...* III, p. 229.
10. *Ibíd.*
11. *Ibíd.*; p. 230.
12. Cf. Jorge GUILLEN: "Lenguaje insuficiente. Becquer o lo inefable soñado", en *Lenguaje y poesía. Algunos casos españoles*; Madrid: Alianza (Libro de bolsillo, 211), 1983, 3.ª ed., pp. 111-142, pc., 121.
13. Cf. Francisco LOPEZ ESTRADA: *Poética para un poeta. Las "Cartas Literarias a una mujer" de Bécquer*; Madrid: Gredos (B.R.H., E y E, 176), 1972, p. 45. Y agrega: "Todo el mundo siente, dice Bécquer, pero tan sólo a los poetas les es dado guardar como un tesoro la memoria viva de lo que han sentido".
14. A propósito de ello, Dámaso ALONSO: *Poetas españoles contemporáneos*; Madrid: Gredos (B.R.H. E y E, 6), 1952, pp. 11-12. El autor hace ver allí cómo la poesía becqueriana, lejos ya de la racionalización, "consiste en una íntima vibración del poeta, por vías del misterio comunicada a su obra; vibración que, en ondas de luz, nos descubre hasta las profundidades últimas, como un prodigio del pensamiento, nítidamente traslúcido e intensificado; temblor que avanza en música a lo largo del ritmo, y sacudida que hace fúlgida la imagen; vibración, estremecimiento". Y al referirse al producto final como concreción material, afirma: "La obra inconsútil, pensamiento, imagen, ritmo, son un solo e indivisible ser; la criatura de arte; el poema".
15. A ello se refiere también J. L. Cano, en quien leemos: "El ángel de la verdadera poesía". Así llamó Machado a Bécquer, que fue siempre uno de sus poetas más queridos". Cf. José Luis CANO, *ob. cit.*, p. 13.
16. A propósito de ello, Ramón de ZUBIRIA: "El verso y la temporalidad"; en *La poesía de Antonio Machado*; Madrid: Gredos (B.R.H., E y E, 21), 1959, pp. 147-186.